

REFLEXIONES

sobre la influencia del cristianismo al
establecimiento de las naciones
modernas.

ARTÍCULO 3.º



UANDO la division
del imperio roma-
no se halló estable-

cida de una manera inequívoca, todas las fuerzas del coloso se reconcentraron sobre el oriente, quedando las provincias occidentales abandonadas totalmente asi mismas. La consecuen-

cia inmediata de esta disposicion fué, que rechazados los pueblos invasores de los confines del Asia y de la Grecia cayeron como un torrente devastador sobre la Italia, las Galias y la España. Sus primeros establecimientos los fijaron desde luego en estas tres provincias; por lo tanto, para seguir desarrollando ante la vista del lector el incontestable influjo que ejerció el cristianismo en la formacion de las naciones modernas, nos ocuparemos separadamente de las vicisitudes que sufrieron cada una de estas regiones, poniendo en relieve, si podemos espresarnos así, la influencia de la iglesia cristiana, como medio conciliador y que concilió en efecto á los vencedores con los vencidos, cuando no salvó la nacionalidad de los pueblos que protejía. Ocupémonos ante todo de la península italiana, cuna del imperio mas dilatado que han conocido los siglos.

Las armas romanas no podian contener ya á los pueblos del norte. La defensa de la Italia y provincias occidentales se hallaba confiada á aventureros cuyos gefes eran

los encargados de sostener el vacilante imperio. Consecuencia precisa de esto, era que luego que uno de ellos mas osado que los demas quisiera volver contra los emperadores las fuerzas que tenia para su defensa, habia por necesidad y sin que nada lo impidiese de apoderarse del territorio que le pareciera. Odoacro, gefe de una banda de aventureros, á quien los historiadores denominan rey de los herulos, fué el primer bárbaro que tubo el pensamiento de establecerse en Italia. Ocupóla en efecto casi sin combatir, y repartió entre sus soldados la tercera parte de las tierras; pero su dominacion no duró mucho tiempo. Teodorico, rey de los ostrogodos, acometió la Italia á nombre de los emperadores, venció y derrotó á Odoacro, y asentó sus huestes cual verdadero conquistador sobre el pais que habia ido á rescatar á nombre del imperio. Con arreglo á la costumbre de todos los bárbaros repartió la tercera parte de las tierras entre ellos, apoderándose de todo aquello que agradó á su codicia. Deplorable fué la suerte del pueblo romano bajo ambas dominaciones; deplorable, porque envanecidos con su conquista y armados de ese inicuo y terrible poder conocido con el nombre de *derecho del mas fuerte*, cometieron grandes atropellos, inauditos desacatos, y llevaron el estermínio por todas partes. ¡Desgraciados de los vencidos! Aquel mísero pueblo que habia perdido todo sentimiento de nacionalidad y de valor en la inercia de los espectáculos del circo y de las luchas de los gladiadores, aquel pueblo que no habia sabido defender su independenciam de un puñado de bárbaros, se hallaba desprovisto de todo; yermos sus campos, des pobladas sus ciudades y diez mado por la miseria y el acero del vencedor, ofreciendo á la vista del menos observador el justo castigo de una ciudad que sin miramientos de ningun género habia visto entrar en sus muros cien monar-

